



**ANTOLOGÍA  
DE  
NOVELAS  
DE  
ANTICIPACIÓN  
VI**

Sexto volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Domingo fatal*, *Jebaburba*, *Justicia del futuro*, *Ojos artificiales*, *Desde más allá*, *Más allá de la pared del sueño*, *Hambre*, *Haldous*, *La misteriosa ciudad de Aurora*, *La rueda*, *Quienquiera que seas*, *La ciudad solitaria*, *Una partida de ajedrez*, *El hombre iluminado*, *El elemental*, *Un mundo extraño* y *Plumrose*.

# Domingo fatal

Daniel F. Galouye

Baby Jean rodó sobre la alfombra, tirando el oso de felpa al aire. Al chocar contra el suelo, el muñeco pareció quejarse a través de la lengüeta oculta en su pecho.

—¿Me echarás de menos, papi?

Levanté bruscamente la vista del periódico.

—Ten cuidado con la lámpara. Has estado a punto de darle con el oso.

Baby Jean recogió el peludo animal y se sentó, haciendo pucheros.

—¿Nos echarás de menos, a Wally y a mí?

Ellen dejó caer sobre su regazo la prenda que estaba cosiendo.

—¿De qué diablos está hablando la niña?

Me encogí de hombros y volví a concentrarme en el periódico: el nuevo programa de la administración; las nuevas exigencias de Rusia; los extraños objetos sin identificar que habían sido vistos sobre ocho países...

Pero Baby Jean me estaba tirando de la pernera de los pantalones.

—¿Qué harás, papi?

—¿Qué haré, sobre qué?

Doblé el periódico y lo dejé encima de la mesilla. Ellen me miró sonriendo, divertida por mi fingido mal humor.

Wally entró en aquel momento procedente del vestíbulo, mordisqueando una manzana.

Baby Jean apoyó los codos en el brazo de mi sillón y se tomó el rostro con las manos. Sus ojos castaños me miraron, muy serios.

—¿Qué harás cuando Wally y yo nos hayamos marchado? ¿Se quedarán muy solos tú y mamá?

Wally se acercó a su hermana y la tomó del brazo.

—¡Es un secreto! ¡No tenías que decírselo a nadie!

Ellen se inclinó hacia delante con aire interesado.

—¿Qué es lo que no tenía que decir, Wally?

—Nada, mamá. —Wally tomó a su hermana de la mano y la llevó hasta el centro de la alfombra, donde había un rompecabezas con el rostro de un payaso a medio completar—. Termina tu cuadro, Baby Jean.

La niña golpeó el suelo con el pie, indignada.

—¡No me llames baby! ¡Ya tengo seis años! Pronto seré tan mayor como tú.

Había estado desarrollando una intensa campaña contra el uso del apodo. Pero la costumbre estaba muy arraigada.

—¿No te han puesto deberes para hacer en casa, Wally? —preguntó Ellen.

—Los martes, la maestra no nos da nunca tarea. Pero ha dicho que tenía un premio para el que supiera más sobre los niños de... —arrugó el rostro, pensando intensamente—. De las cru...

—¿Cruzadas? —sugirió Ellen.

—Eso mismo.

Miré a mi esposa.

—No creí que se estudiara tan pronto la historia de la Edad Media.

—La señorita Miller es una maestra progresiva. Opina que hay que despertar el interés de los niños por los grandes temas. Será mejor que le cuentes algo acerca de las Cruzadas, de modo que pueda ganar un premio.

—Las Cruzadas... Bueno, vamos a ver...

—Los libros, querido —sugirió Ellen burlescamente—. Le dijiste al vendedor que encontrarías muchas ocasiones para consultarlos.

El cuero rojo de los treinta volúmenes de la enciclopedia, en su estantería de caoba, brillaban de un modo persuasivo.

—Y así —dije, cerrando el Volumen Octavo, media hora más tarde—, parece ser que los cincuenta mil niños franceses y alemanes no llegaron nunca a Tierra Santa, y la mayoría de ellos fueron capturados por el camino y vendidos como esclavos.

Wally se quedó sentado, con aire pensativo.

—¿Niños vendidos como esclavos? —inquirió Ellen en tono de duda.

—¿Y por qué no? ¿Quién mejor que ellos? Al principio quizá resultaran improductivos. Pero entretanto podían aprender el idioma y las costumbres. Y, siendo unos niños, eran inofensivos durante los primeros años de cautiverio... Inofensivos, crédulos y maleables.

Ellen sacudió la cabeza solícitamente y se puso en pie.

—Hay que acostarse, niños.

Baby Jean se atrincheró detrás del sofá.

—¡Yo no quiero ir a la cama!

—¡Un poco más, mamá! —suplicó Wally, retirándose hacia un rincón—. ¡Deja que me quede un poco más!

Implacable, Ellen se acercó a él y le agarró por la muñeca. Luego capturó a Baby Jean.

La niña gritó, protestando. Wally, por su parte, dijo:

—¡En cuanto pase el domingo *no tendremos que ir a la cama!* ¡Y no podrás decirnos lo que tenemos que hacer! ¡Ya verás!

El miércoles fue un mal día en la oficina, con tres nuevos contratos que redactar. En consecuencia, llegué a casa cansado y de mal humor. Ellen me esperaba en la puerta.

—Frank, tienes que hablar con Wally —me dijo, con el ceño fruncido—. Le he enviado ya a la cama.

—¿Qué pasa? ¿Ha estado saltando otra vez la cerca de los Morrison?

—No. Llegó a casa con esta nota de la señorita Miller.

«Wallace —leyó en una tira de papel— ha estado hoy ingobernable, mostrando una provocativa falta de respeto a la autoridad. Su actitud no ha sido más rebelde que la de los otros alumnos, pero a menos que actuemos individualmente sobre cada uno de ellos, corremos el peligro de encontrarnos con un alumnado incontrolable».

—Suenas como si la señorita Miller temiera una revolución armada —gruñí.

Wally estaba acostado, boca arriba, con la mirada fija en el techo. Se había olvidado del tocadiscos que, sobre la mesilla de noche, repetía interminablemente una frase de *The Good Ship Lollipop*. Lo desconecté.

—¿Qué ha pasado en la escuela, hijo?

Wally volvió la cabeza sobre la almohada.

—Vamos, vamos —dije, sonriendo—. Este invierno iremos a cazar juntos, ¿recuerdas? Ahora, vamos a aclarar ese asunto de la escuela.

—No iré a cazar.

—¿Por qué? Siempre has deseado ir.

—No estaré aquí.

—¿De veras?

De pronto recordé su vaga amenaza acerca del domingo.

—Mamá me ha pegado y me ha enviado a la cama —acusó Wally—. Y ahora tú también vas a pegarme.

Se sentó en la cama, agarrándose a la sábana, y no supe si lo que había en sus enrojecidos ojos era resentimiento o desafío.

—Sólo te pegan cuando lo mereces.

—Bueno, puedes pegarme todo lo que quieras hasta el domingo. ¡No me importa! Pero en cuanto pase el domin-

go no podrás pegarme..., porque no estaré aquí.

Llegué a la conclusión que lo que había en sus ojos era desafío... Wally se ganó su segunda zurra.

Cuando bajé al comedor, Baby Jean estaba importunando a su madre pidiéndole un níquel.

—No es hora de comer caramelos —decía Ellen—. Vamos a cenar en seguida.

—Por favor, mamá. Me comeré *toda* la cena. Te lo prometo.

—He dicho que no.

—Bueno, puedes guardarte tu asqueroso níquel —replió Baby Jean furiosamente—. Pronto tendré todos los caramelos que quiera..., y helados, también. ¡Y pasteles!

—¿Después del domingo? —inquirió Ellen.

Baby Jean, que había echado a andar hacia la puerta de la calle, se detuvo.

—¿Cómo lo sabes?

Cuando Baby Jean se hubo marchado, rodeé con mis brazos la cintura de Ellen y miré por encima de su hombro las cacerolas puestas al fuego.

—¿Qué es todo eso acerca del domingo?

—Algún juego, supongo.

—Los niños no habían amenazado nunca con marcharse de casa.

—Todos pasan por esa fase, en un momento u otro.

—¿Y por qué el domingo?

Ellen se echó a reír.

—Es un día tan bueno como cualquiera..., y el tener que ir a la iglesia les parte la mañana por la mitad.

Después de cenar, me retiré diplomáticamente al salón y me concentré en la televisión, para que Ellen pudiera subirle un bocadillo y un vaso de leche a Wally sin que yo me diese cuenta.

El teléfono sonó durante el último asalto del combate de boxeo, y cuando anunciaban el resultado Ellen apareció

en el umbral de la puerta.

—Era la señora Watkins. Estaba tratando de descubrir qué clase de misterio se llevan los niños entre manos para el domingo.

—¡Vaya! ¿De modo que el pequeño Arthur anda también metido en eso?

—La señora Watkins dice que Arthur no se lo ha contado. Pero lo mantiene sobre su cabeza como una especie de amenaza. No se lo ha contado, porque está seguro del hecho que Wally no te lo contará a ti. Y Jimmy, y Frank, y Mary Ann, y los mellizos Collins —Ellen fue contándolos con los dedos— tampoco se lo contarán a sus padres.

Me eché a reír.

—Es más importante de lo que pensábamos, ¿eh? Una especie de emigración en masa, ¿no crees?

—Sea lo que sea, Frank —dijo Ellen, muy seria—, es algo que parece afectar a todos los niños.

—Si te dejas impresionar por esas naderías —bromeé—, ¿qué vas a hacer cuando tengamos otros cinco hijos?

Me agaché instintivamente. En circunstancias normales, uno de los almohadones del sofá hubiera salido volando hacia mi cabeza. Pero Ellen no se mostró agresiva: estaba mirando fijamente el televisor, en cuya pantalla aparecían en aquel momento una serie de fotografías de chiquillos.

«... y en Baltimore —estaba diciendo el locutor— han desaparecido cinco niños, posiblemente escapados de su casa. En Cincinnati, el número de desaparecidos asciende a cuatro».

Estaba tratando el asunto jovialmente, con palabras impregnadas de risa.

«El más eminente de los cuatro era Alexander Belling III —en la pantalla apareció la fotografía de un chiquillo de rostro travieso y pecoso, de unos nueve años—. Desapareció de su casa anoche, después de haber amenazado con *marcharse para siempre* el domingo».

Ellen me miró con aire preocupado.

—Frank...

Procuré tranquilizarla.

—Psicología. Esas cosas llegan a oleadas. Reacciones en masa. Un chiquillo se escapa de casa y su fotografía sale en los periódicos. Otros chiquillos piensan en fugarse, para que salgan también sus fotografías es los periódicos. Una especie de reacción en cadena.

—Pero..., en domingo... Y el hijo de los Watkins, y los mellizos de los Collins...

—Coincidencia —dije, sin demasiado convencimiento.

Salimos juntos de la habitación mientras el locutor comentaba la reciente plaga de objetos sin identificar. En la habitación de los niños, Wally y Baby Jean dormían profundamente.

La aguja del tocadiscos giraba alrededor de la ranura interna de *The Good Ship Lollipop*...

—No los despiertes —suplicó Ellen en tono vacilante. Se inclinó sobre los niños y los arropó cuidadosamente.

Baby Jean sonrió en sueños.

—El domingo —murmuró—. Feliz aterrizaje sobre una barra de chocolate.

El jueves amaneció con un aura de presagio. A la hora del desayuno, con los niños todavía dormidos, capté una rara sensación en el aire, una especie de tensión eléctrica. Me había sucedido lo mismo unos años antes..., una plácida tarde de domingo. Una hora después estalló el infierno de Pearl Harbour.

Ellen la había captado también. Se notaba en la crispación de su rostro. Pero no dijimos nada, ya que no había nada que pudiéramos expresar con palabras.

En la oficina, le llevé los contratos a Andy para que die-  
ra el visto bueno. Pero Andy los apartó a un lado.

—¿Qué pasa con los niños, Frank?

—¿Los tuyos también? —inquirí, muy poco sorprendido, en realidad.

Asintió lúgubrementemente.

—Que me aspen si lo entiendo.

—¿Van a marcharse..., a alguna parte?

—Sí. El domingo.

—¿Adónde? —pregunté, porque hasta entonces no había concedido importancia a su posible destino.

—Eso es lo que me preocupa. En catorce años, Freddy no me había ocultado nada. Anoche lo intenté todo: le supliqué, quise sobornarle, le pegué..., y muy fuerte. Pero todo fue inútil.

Hasta entonces me había negado a admitir que se trataba de algo serio. Ahora me daba cuenta que tal vez mi actitud era equivocada.

—¿Se ha escapado Freddy? —pregunté.

—No, pero probablemente lo hará.

Tomé el teléfono y llamé a Ellen.

—Vete a buscar a los niños a la escuela, querida.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero tenemos que descubrirlo. Llegaré dentro de veinte minutos.

Colgué el receptor para evitar más preguntas.

Andy estaba mirando fijamente a través de la ventana.

—¿Temes que se escapen?

—No creo que lo hagan. Supongo que podré descubrir qué hay detrás de todo eso.

—Por lo visto, no has escuchado la radio. Todo el mundo está intentando hacer hablar a los chicos..., desde Washington para abajo.

—No puede tratarse de nada más que de una especie de historia juvenil.

—¿No? ¿Con los chiquillos actuando repentinamente del mismo modo en todo el país? Una incomprensible reacción en masa que se extiende de punta a punta... Sería demasiado casual.

—Entonces, ¿crees que los chicos van a marcharse a alguna parte el domingo?

Andy se encogió de hombros, con aire de desaliento.

—Eso es lo que Washington trata de averiguar. Y también Londres, y París, al parecer. Le han dado el nombre de Efecto Junior.

Me encaminé hacia la puerta.

—Y, Frank..., no te excites si tus chicos se escapan de casa. Esa parte del Efecto Junior parece ser una reacción temporal. La mayoría de los desaparecidos han regresado.

Le miré, desconcertado:

—Entonces, ¿por qué se escapan?

—Ellos —señaló con un gesto el aparato de radio— creen que es una manifestación de impaciencia. Los chicos tienen que hacer *algo* mientras esperan que llegue el domingo.

De camino a casa, hice que el taxista pasara junto a la escuela con la esperanza de encontrar a Ellen y a los niños. No era el único padre que había tenido aquella idea. Había una hilera de taxis rodeando el edificio. Reconocí a algunos de los pasajeros como miembros del Club de los Padres.

Otra hilera de madres entraba apresuradamente por una de las puertas y salía por otra, agarrando con mano firme las muñecas de sus hijos. Y bruscamente me di cuenta que estaba presenciando una reacción espontánea que debía estar produciéndose en millares de escuelas al mismo tiempo.

En casa, los niños se sentaron con aire cariacontecido en el sofá, mientras Ellen se agachaba delante del televisor. Baby Jean jugueteaba con el borde de su vestido. Wally estaba muy interesado en la contemplación de sus propias manos.

Me detuve en el umbral, vacilante, y Ellen cruzó apresuradamente la habitación para reunirse conmigo.

—¿Has oído?

—¿Lo del Efecto Junior? —asentí.

Ellen se refugió entre mis brazos, temblando, mientras ambos mirábamos a los niños con una expresión de temor. En la pantalla del televisor, un hombre con aspecto de intelectual trataba de explicar el Efecto en términos de conducta inhibitoria.

—Bueno, Wally —dije, muy serio, colocando una silla delante de él—. Creo que ha llegado el momento para que hablemos de hombre a hombre.

Wally se hundió en la blandura del sofá sin hacerme el menor caso.

—No hablará —dijo Ellen, en tono desesperado—. Lo he intentado todo, inútilmente.

Le hice una seña para que nos dejara solos.

—¿Wally...?

Volvió los ojos hacia la ventana.

—¿Baby Jean...?

—¡No me llames baby! ¡Ya no soy una niña!

Sonriendo, acaricié sus cabellos.

—Desde luego que no. Ya eres una chica mayor. Y las chicas mayores saben cómo tienen que hablar con sus papás, ¿no es cierto?

Wally se inclinó hacia ella.

—No le hagas caso. ¡Está tratando de sonsacarte!

Baby Jean cruzó los brazos sobre el pecho y apretó fuertemente los labios.

—Vamos, Wally —dije, en tono condescendiente—, ¿acaso tengo la costumbre de sonsacarte? ¿Acaso te he engañado alguna vez?

Me miró fijamente, con una emoción en los ojos, que nunca había visto en ellos.

—¡Sí! —gritó—. ¿Qué me dices de Santa Claus? Tú...

—¡Wally! —le advirtió Ellen.

Pero Wally ignoró la advertencia, insolentemente.

—¡No hay ningún Santa Claus! ¡Me has estado mintiendo siempre!

Baby Jean abrió mucho los ojos, con una expresión de incredulidad, y se volvió hacia mí.

—No es cierto, ¿verdad, papá? Santa Claus existe, ¿verdad?

—¡Adelante! —se burló Wally—. Miénteles a ella como me has mentado a mí. Y cuando tenga ocho años, tendrás que decirle la verdad.

Baby Jean se había puesto en pie y me tiraba de la manga.

—Santa Claus existe, ¿verdad, papá?

Aparté la mirada, sintiéndome extrañamente culpable. Tomé los temblorosos hombros de la niña.

—Mira, Baby Jean... Verás, es como...

Pero Baby Jean se apartó bruscamente.

—¡No hay ningún Santa Claus! ¡Mamá y tú han estado mintiendo siempre!

Ellen se acercó a ella, tratando de consolarla. Pero Baby Jean echó a correr, sollozando.

Me volví furiosamente hacia Wally.

—¡Te has portado como un cerdo!

—¡Pero es verdad! Tal como ellos dicen. ¡Eres cruel, y mientes, y nos engañas, y nos castigas!

Le agarré firmemente del brazo.

—¿Quiénes son *ellos*? —inquirí.

Pero Wally continuó con su infantil acusación.

—Todo eran mentiras. Santa Claus, y el Conejo de Pascua, y la rata que ponía níqueles debajo de nuestra almohada, y...

—Pero, Wally...

Mi hijo había vuelto a ponerse a la defensiva.

—¡Mentiras! ¡Mentiras! ¡Mentiras!

Le obligué a ponerse en pie y me arrodillé delante de él.

—¿Quién te ha estado contando todas esas cosas? ¿Quiénes son *ellos*?

Wally no era el tipo de muchacho que se muestra de repente escéptico sin motivo. Y yo estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto.

—Wally, ¿quién te ha cambiado de ese modo? ¡Contesta!

Le sacudí rudamente.

—¡Anda, pégame! —me desafió—. Ellos dicen que me pegarás hasta que llegue el domingo, pero debo ser valiente.

Derrotado, le solté.

—¡Sube a tu cuarto!

Llorando, Ellen se acercó a mí y apretó su rostro contra mi pecho.

—¡Oh, Frank! No es cierto que nos esté ocurriendo esto, ¿verdad?

Luego se apartó de mí, mientras yo me quedaba mirándola, sin saber qué hacer. Oí el sonido de sus pasos subiendo la escalera detrás de los niños, gritando:

—¡Wally! ¡Baby Jean!

Ellen pasó la mayor parte del resto de aquel día en la habitación de los niños, tratando de razonar con ellos. Yo paseé sin rumbo fijo por la vecindad, intentando examinar el Efecto Junior desde una perspectiva más cuerda. En el curso de mi deambular, tropecé con una muchedumbre que se había reunido espontáneamente en una especie de asamblea.

Un hombre delgado y calvo, cuyos hijos eran ya indudablemente adultos, trepó a una silla y sugirió en tono burlón que todos los chicos menores de dieciséis años fueran obligados a reunirse en público. Allí presenciarían el castigo de los que se negaran a renunciar a sus planes domingueros.

Otro exigió que los maestros fueran objeto de una investigación. ¿No era evidente acaso el carácter comunista del asunto? El año anterior, sin ir más lejos, un maestro de

escuela de alguna parte de Missouri había sido expulsado de un instituto, por rojo...

No tardó en quedar demostrado que nadie tenía nada constructivo que ofrecer, y la asamblea degeneró en una serie de discusiones individuales. Oí a varios padres que se acusaban a sí mismos de haber infligido castigos que, ahora se daban cuenta, habían sido más rencorosos que correctivos.

Finalmente, alguien que llevaba una radio portátil reclamó silencio y subió el volumen del receptor.

«... de modo que, en beneficio del país y en vista de los acontecimientos —era la voz grave del Presidente—, proclamo un estado de emergencia nacional. Y asumo todos los poderes que puedan ser necesarios para afrontar esta amenaza a nuestra seguridad colectiva como nación..., a nuestra identidad individual como miembros de las familias que forman la nación».

Me abrí paso entre los grupos hasta que el tono enronquecido del pequeño altavoz se hizo más audible.

«Todavía no se ha encontrado una explicación al Efecto Junior —continuó el Presidente—. Sin embargo, debo rogarles que ejerzan con cordura vuestro papel de padres durante este período de prueba en las relaciones con los niños. Sean moderados en cada uno de vuestros actos.

»Debo advertirles también que no den pábulo a las explicaciones que pretenden relacionar la conducta de nuestros hijos con la presencia de objetos sin identificar. No existe ninguna justificación para relacionar los dos fenómenos..., hasta el momento».

En silencio, la muchedumbre empezó a dispersarse. Mientras regresaba a casa, no pude evitar el pensar en las últimas palabras del Presidente. ¿Se trataba simplemente de una negativa inicial, destinada a preparar el camino para una eventual aceptación de lo que ahora se negaba?

Ellen y los niños estaban dormidos..., los tres en la cama de Wally. Ellen tenía el pelo revuelto y el rostro húmedo